



---

## **Sin educación, la violencia contra la mujer se perpetua**

La mesa redonda “Mujeres contra la violencia en América Latina” ha reunido en la sede de los Servicios Centrales de Manos Unidas en Madrid, a cinco mujeres, representantes del trabajo que la ONG y sus socios locales llevan a cabo en la defensa de los derechos humanos de las mujeres en países como México, El Salvador, Paraguay, Colombia y Perú.

Cinco mujeres que manifiestan haber sido amenazadas por defender la vida de otras mujeres. Cinco mujeres que se emocionan cuando hablan de su trabajo, de las incontables veces que han tenido que hacer frente a la incomprensión de unos y la desprecio de otros. Cinco profesionales, expertas en sacar a las mujeres del pozo negro y oscuro en el que se ven sumidas por la violencia y los malos tratos de los que son víctimas, que devuelven la sonrisa, la autoestima y la confianza a quienes la perdieron por culpa de unos malos tratos que nunca debieron sufrir.

La violencia contra la mujer es una constante en la mayor parte de los países de América Latina, donde hábitos sociales y culturales patriarcales profundamente arraigados perpetúan comportamientos machistas que conllevan discriminación social, institucional y política para las mujeres. Y la educación es el arma más poderosa para que las mujeres conozcan, reclaman y hagan valer sus derechos. Porque sin educación, la violencia contra la mujer se perpetua.

### **Mujer, pobre e indígena**

En México, donde ser mujer, pobre e indígena multiplica los riesgos de ser víctima de la violencia, la Asociación civil Kalli Luz Marina, socio local de Manos Unidas, busca “justicia justa” para las mujeres de las comunidades indígenas *náhuatl*, de la sierra de Zongolica, en el Estado de Veracruz.

Según la psicóloga Lisset Hernández, trabajadora de Kalli Luz Marina, las mujeres indígenas “sufren discriminación y exclusión desde que nacen” y eso se manifiesta en la vulneración constante de sus derechos y, principalmente, en el “derecho a la vida libre de violencias”.

La mujer indígena es, mayoritariamente, analfabeta y suele vivir en condiciones precarias sin acceso al agua, a la educación, a la salud, en hogares desestructurados, donde muchas veces es víctima de la violencia por parte de los varones de la familia (padre, hermanos, hijos...). Pero cuando estas mujeres, que generalmente hablan solo su lengua, se deciden a denunciar, las cosas no les resultan fáciles. “Normalmente no tiene medios para trasladarse a los tribunales, tampoco pueden permitirse pagar un abogado y se sienten juzgadas y excluidas por los propios funcionarios”, asegura Hernández.

La asociación Kalli Luz Marina y Manos Unidas trabajan para romper esas estructuras injustas, “para que las mujeres no tengamos que culparnos por sufrir la violencia”, afirma la psicóloga mexicana.



**Manos Unidas**  
CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE



LA MUJER DEL  
**SIGLO XXI**  
CREEMOS EN LA IGUALDAD Y EN LA DIGNIDAD DE LAS PERSONAS

---

“Las mujeres deben, ante todo, conocer sus derechos y ser capaces de identificar las violencias que sufren”, explica Hernández. El trabajo de Kalli Luz Marina, además de incidir en estos factores, prepara a las mujeres para que sean autónomas en la toma de decisiones y para que puedan acceder a los servicios institucionales y, sobre todo, a una vida libre de violencias. “Las mujeres que aprenden a gestionar, se implican mucho más en las necesidades de sus comunidades”, asegura Lisset Hernández.

### **La violencia como algo natural**

De la misma opinión es Ana Ruth Orellana, representante del Movimiento Salvadoreño de Mujeres (MSM), socio local de Manos Unidas en el país centroamericano donde, según afirma, en 2018 murieron asesinadas 381 mujeres. La mayoría de estas víctimas se producen en la zona rural, aunque la violencia se da en todos los extractos sociales. “La violencia contra la mujer en El Salvador se da diariamente. Puede llegar a pensarse que es algo natural”.

El Movimiento Salvadoreño de Mujeres lleva ya 30 años trabajando por los derechos de las mujeres de El Salvador con el objetivo de empoderar a las mujeres para que, en primer lugar, sean capaces de transformar sus vidas y las de sus familias y comunidades y, por último, las de otras mujeres.

“Ver a una mujer que reconoce ser sujeto de derechos es para nosotras una ganancia, porque las mujeres con las que trabajamos sufren la violencia desde que son pequeñas, no van a la escuela y permanecen en sus casas sin acceso a la educación”, asegura Orellana. “El MSM acompaña a estas mujeres, pero ellas deben ser protagonistas de su historia. Nuestro trabajo es ayudar a que estas mujeres se organicen. Luego ellas son las que deben exigir a las instituciones los presupuestos para llevar a cabo sus acciones”, explica esta defensora de los derechos humanos, consciente de que su trabajo no está bien visto en muchos sectores sociales, principalmente entre los hombres.

“Al patriarcado le da miedo que haya defensoras de los derechos humanos. Nos ven como una amenaza”, asegura. “Los hombres nos cuestionan a diario, - ‘ahí vienen ya las mujeres con sus demandas’-”, expone Orellana. “Por eso nosotras tenemos que trabajar también con los hombres, con los jóvenes, para, con ellos, transformar el mundo con esperanza”, asegura, convencida de que el cambio será posible.

### **Educación para romper el círculo de la pobreza**

Esperanza como la que impulsó, en el año 2001, a un grupo de jóvenes universitarios a crear la asociación Tatarendy, en Paraguay. Una asociación que trabaja, principalmente, con mujeres vulnerables de los barrios periféricos de la capital



---

“Tatarendy trabaja principalmente con mujeres en situación de calle (prostitución) que, al no conocer sus derechos, no los pueden exigir”, explica Mirtha Beatriz Lezcano, psicóloga de la Asociación.

En Paraguay, donde cada siete días muere una mujer por feminicidio, “las mujeres no figuran en la agenda de prioridades del Gobierno”, lamenta Lezcano para asegurar que “el Estado es cómplice indirecto de esta violencia porque no genera las condiciones de protección necesarias”.

“Las mujeres deben conocer sus derechos para poder reclamarlos”, recalca la experta en psicología social. “Esta es fundamental para acabar con el círculo de la pobreza”.

Tatarendy, socio local de Manos Unidas desde 2009, trabaja con tres poblaciones diferenciadas: mujeres en situación de calle, personas privadas de libertad, a quienes visitan en la cárcel a instancias de las mujeres, y mujeres que viven y trabajan en la zona del vertedero de Asunción. A estas últimas, sobre todo, les ofrecen cursos de alfabetización y formación en oficios.

En Paraguay, hasta secundaria, la educación formal es obligatoria y gratuita, pero muchas niñas no van a la escuela por la “prevalencia de las mentalidades machistas. Muchas veces la escuela está a 10 kilómetros de distancia y las niñas se ven expuestas a abusos”, asegura Lezcano.

Esta es la realidad del campo en Paraguay y esta falta de educación, perpetúa la pobreza. “Las personas que no acceden al bachillerato están condenadas a empleos informales como la venta ambulante o el trabajo en vertederos”, explica Mirtha.

La educación es fundamental para que estas mujeres rompan el círculo de la pobreza. También la educación es básica para que las mujeres en situación de calle, que en su mayoría sufrieron abusos de niñas, dejen esta actividad.

### **Desplazadas y víctimas de la violencia**

En Colombia, por su parte, la gran dificultad para las mujeres tiene que ver con el acceso a la justicia y no, precisamente por falta de legislación, “porque leyes hay; muchas y muy bien escritas”, ironiza Diana Marcela Torres, del Servicio Jesuita para el Refugiado (JRS). “El problema es que las mujeres no pueden acceder a ellas”, asegura esta licenciada en administración de empresas, especializada en derechos humanos y atención humanitaria a población desplazada.

El conflicto interno que se ha vivido, y aún se vive en Colombia, generó que 8,5 millones de personas tuvieran que desplazarse de manera forzosa de sus hogares. De esas personas, el 51 por ciento eran mujeres y la mayoría de ellas han visto vulnerados sus derechos humanos. Las mujeres, que es su mayoría no participaron en el conflicto, han sido las principales víctimas de los enfrentamientos y de la violencia.



---

Las mujeres, sobre todo las de la zona rural, ven constantemente vulnerados sus derechos económicos y de participación. Esta situación de acrecienta entre las mujeres de la población desplazada, que se ven obligadas a buscar su sustento en trabajos precarios y en la economía informal.

En Colombia la violencia genera pobreza, migraciones y desplazamientos. “Las migraciones (como las de personas procedentes de Venezuela) están creando mucha más violencia, porque muchos de los migrantes están llegando a los contextos más empobrecidos”, explica la trabajadora del JRS. “Estas personas entran en las escuelas de los niños más pobres y acceden a sus sistemas de salud, lo que genera una guerra entre pobres”, añade.

“La violencia que se produce no es xenofobia, sino aporofobia; no es violencia contra el extranjero, sino frente al pobre”, aclara Torres.

### **La violencia del rechazo**

También la pobreza es la que lleva a las mujeres a redes de trata y prostitución. En Perú, la trabajadora social Desiree Bozzeta, que en su día sufrió también la violencia, trabaja con mujeres víctimas de trata y tráfico con fines de explotación sexual en la casa de acogida que las Adoratrices tienen en Lima.

“Yo sufrí violencia, pero ahora estoy empoderada y considero que se puede salir adelante. Cuando llegan mujeres a la Asociación les ofrecemos asistencia integral, en nuestro trabajo de acogida. Otras veces prestamos asistencia ambulatoria”, explica Bozzeta.

La estigmatización es uno de los mayores problemas a los que se enfrentan las mujeres que reciben atención ambulatoria por parte de la Asociación. “La mayoría se dedican a la prostitución y, en Perú, parte de la sociedad considera que esa es una elección voluntaria”, afirma Bozzeta. “Y esa mentalidad no es fácil cambiarla”, aclara.

“Nosotras recibimos mujeres de todos los estratos sociales y de diferentes países, todas ellas víctimas de la trata con fines de explotación sexual y laboral”, expone Bozzeta. Porque en Perú, aunque el Estado es el garante de los derechos humanos, “no garantiza los derechos de las mujeres”, lamenta.

“Cada una de las mujeres que llega a nuestra casa, tiene detrás una historia”, explica la trabajadora social peruana. “Muchas veces trabajar y tratar de reinserir a estas mujeres no es fácil. Han pasado por mucho y les cuesta salir de ello”.

“Trabajamos con ellas, les ofrecemos cursos y formación para que puedan acceder a un empleo. Y, ahora, con Manos Unidas, hemos empezado un programa de generación de empleo. Las apoyamos para que abran sus propios negocios.

### **Igualdad y dignidad**



**Manos Unidas**  
CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE



LA MUJER DEL  
**SIGLO XXI**  
CREEMOS EN LA IGUALDAD Y EN LA DIGNIDAD DE LAS PERSONAS

---

La mesa redonda se ha concebido como una de las actividades que Manos Unidas está llevando a cabo con motivo de su campaña anual que, con el lema **“Creemos en la igualdad y en la dignidad de las personas”**, pone el foco en dar a conocer la realidad a la que se enfrentan las mujeres en los países en los que está presente Manos Unidas y el trabajo que se lleva a cabo para revertir estas situaciones.

Estos son solo cinco de los muchos testimonios del trabajo que Manos Unidas lleva a cabo para acompañar y apoyar a miles de mujeres que, en los países en los que trabaja la ONG, se ven privadas de sus derechos. Mujeres capaces de hacer frente a las dificultades, que trabajan por la igualdad y la dignidad.